

Plaza pública

para la edición del 5 de marzo de 1996

Antonio Lozano

Miguel Ángel Granados Chapa

En las próximas horas tendríamos que conocer la renuncia del procurador general de la República, Antonio Lozano Gracia a su elevado cargo. Ha quedado preso, en medio de la disputa, casi riña callejera, iniciada por el gobierno del que forma parte contra el partido al que pertenece. Ya serían un trago difícil de apurar para el abogado de la nación los insultos de Santiago Oñate contra el ex candidato presidencial panista Diego Fernández de Cevallos, amigo cercano y en cierto modo jefe político de Lozano. Pero ha sido el propio Presidente Zedillo quien descendió a la arena de la gresca política y ya en ella descalificó de mal modo a la oposición panista, la misma a cuyo prestigio acudió al designar al procurador. Así, privó de sentido a la estrategia que permitió un leve asomo de coalición entre las dos principales fuerzas políticas del país.

Esa será una, y ni siquiera la más grave, de las importantes consecuencias del endurecimiento gubernamental del fin de semana. El Presidente Zedillo renunció a su posibilidad de erigirse en árbitro de la disputa entre partidos, que ya había ejercido a mediados de enero del año pasado, cuando en torno suyo y en su propio domicilio se trazaron compromisos para un

acuerdo político que hoy el propio Presidente ha hecho imposible, o ha lastrado con pesadas cargas.

La sola presencia del Ejecutivo en dos actos priístas tan inmediatos hubiera puesto en dificultades al diálogo político, porque además se agregaba a expresiones autoritarias suyas, pronunciadas en foros que no eran pertinentes (como la Cámara Nacional de la Industria de Transformación) y que revelaron su impaciencia ante el retiro panista de las negociaciones por la reforma del estado. Pero no se limitó a cohonestar con su presencia los juicios de Oñate sobre Fernández de Cevallos, sino que él mismo los agravó al enjuiciar adversamente a los gobiernos municipales surgidos de la oposición. Sus palabras, impropias en cualquier circunstancia, son quizá el anticipo de acciones gubernamentales que afectarían para mal a los ayuntamientos no priístas, que esperan la derrama de recursos que el Presidente anunció que no serían ejercidos ya por la Federación.

El ataque artero y desconsiderado (y aun difamatorio y calumnioso) del líder nacional priísta al ex candidato presidencial del PAN quizá entusiasme a los malquerientes de Fernández de Cevallos, que suman legiones (pues como toda personalidad fuerte la suya engendra adhesiones fervientes y agrias antipatías), pero añade un ingrediente pernicioso a la crispada y tensa situación nacional. Pero su pronunciamiento parece surgir no de una insensatez, sino de un cálculo político, si se entiende a la luz de lo dicho después por el Presidente Zedillo. este reprochó a la oposición festejar anticipadamente triunfos que no ha obtenido aún, en

referencia a los pronósticos sobre lo comicios legislativos del año próximo (que incluyen la elección de quien gobernará la inmensa aglomeración urbana que es el Distrito Federal. En previsión de que ese augurio se cumpla, aparte acciones para alejar a la oposición de la mesa de negociaciones y con ello justificar que se legisle a solas, también se procura desalentar a los votantes haciéndoles pensar que su participación es inútil, pues los triunfos panistas derivan sólo de componendas palaciegas. Como se recuerda, el negociador entre el PAN y el presidente Salinas (de quien Oñate fue de varios modos cercano colaborador) fue Fernández de Cevallos, que ha tenido que pagar un elevado costo político por el desempeño de ese papel, al que ahora se suma la descalificación de una de las partes. El que lo haga Oñate, por lo demás, supone una inconsecuencia o es un acto de cinismo, pues si el ex candidato presidencial panista es objetable por esas "componendas", tanto o más lo es el poder presidencial que las buscó o permitió y con ello instituyó el "proteccionismo" de que ahora abomina el líder nacional priísta.

La posición de Oñate es inadmisibile cuando se trata de eliminar obstáculos para nuevos entendimientos políticos. Pero es todavía más incomprensible e inaceptable la posición presidencial. Después de asumir como lo hizo las posiciones más atrasadas dentro del priísmo, sólo quedan tres caminos. O se retracta, clara o sutilmente, pero de modo indudable. O cierra con sus persistencia en esa actitud toda posibilidad de que el

panismo se reintegre a las negociaciones (y quizá cause también la ausencia perredista). O lleva adelante la reforma con sólo la participación del PRI. Si no se realizan reformas constitucionales, la mayoría priísta en las cámaras permitirá al Ejecutivo ir y venir por donde le plazca en términos de legislación electoral. Y probó que quiere y puede hacerlo cuando se emitió la ley de participación ciudad en el Distrito Federal. Pero una reforma así, dictada a contrapelo de la oposición, nacerá muerta, pues encierra una grave contradicción ya que lejos de propiciar la corresponsabilidad de los partidos la eliminará de tajo.

El autismo político es siempre pernicioso. Pero lo es más en horas difíciles, como las que vive México. Y hay que informar al gobierno, al Presidente de la República que parecen no saberlo, que la nación vive horas difíciles, cuyo enfrentamiento requiere la fijación de metas comunes y el trazo de caminos incluyentes que lleven a ellas. Por ignorar, o fingir que la ignoran, esa delicada circunstancia nacional, el Presidente Zedillo y su gobierno han decidido quedarse solos.

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Procurador en predicamento

Al descender a la arena donde se realizan las riñas políticas de bajo nivel, el presidente Zedillo no sólo puso en dificultades al abogado de la nación, su colaborador cercano, sino que se impide a sí mismo colocarse por encima de los conflictos entre partidos.



EN LAS PRÓXIMAS HORAS TENDRÍAMOS QUE CONOCER la renuncia del procurador general de la República, Antonio Lozano Gracia a su elevado cargo. Ha quedado preso, en medio de la disputa, casi riña callejera, iniciada por el gobierno del que forma parte contra el partido al que pertenece. Ya serían un trago difícil de apurar para el abogado de la nación los insultos de Santiago Oñate contra el ex candidato presidencial panista Diego Fernández de Cevallos, amigo cercano y en cierto modo jefe político de Lozano. Pero ha sido el propio presidente de la República, el otro jefe de Lozano, quien lo puso en un predicamento sin alternativa. El doctor Zedillo, en efecto, descendió a la arena de la gresca política y ya en ella descalificó de mal modo a la oposición panista, la misma a cuyo prestigio acudió al designar al procurador. Así, privó de sentido a la estrategia que permitió un leve asomo de coalición entre las dos principales fuerzas políticas del país. Porque si el partido que era garante de la legalidad ha perdido ese atributo, ¿para qué quiere el Ejecutivo un acompañamiento de origen blanquiazul si por haberlo procurado despertó desde siempre recelos e impugnaciones dentro de su partido?

Esa será una, y ni siquiera la más grave, de las importantes consecuencias del endurecimiento gubernamental del fin de semana. Al no sólo involucrarse en una riña entre partidos, sino incluso alentarla, el presidente Zedillo renunció a su posibilidad de erigirse en árbitro de esa disputa, posibilidad que ya había ejercido a mediados de enero del año pasado, cuando en torno suyo y en su propio domicilio se trazaron compromisos para un acuerdo político que hoy el propio Presidente ha hecho imposible, o ha lastrado con pesadas cargas.

La sola presencia del Ejecutivo en dos actos priístas tan inmediatos, el viernes y el domingo, hubiera puesto en dificultades al diálogo político, por la abierta militancia que mostró el Jefe del Estado. Su actitud, además, se agregó a expresiones autoritarias suyas, pronunciadas en foros que no eran pertinentes (como la Cámara Nacional de la Industria de Transformación) y que revelaron su im-

paciencia ante el retiro panista de las negociaciones por la reforma política. Pero no se limitó a cohonestar con su presencia los posteriores juicios de Oñate sobre Fernández de Cevallos, sino que él mismo los agravó al enjuiciar adversamente a los gobiernos municipales surgidos de la oposición. Sus palabras, impropias en cualquier circunstancia, son quizá el anticipo de acciones gubernamentales que afectarán para mal a los ayuntamientos no priístas, que esperan la derrama de recursos que el Presidente anunció como expresión de un nuevo federalismo, aplicable quizá sólo a los cabildos tricolores.

El ataque artero y desconsiderado (y aun difamatorio y calumnioso) del líder nacional priísta al ex candidato presidencial del PAN quizá entusiasme a los malquerientes de Fernández de Cevallos, que suman legiones (pues como toda personalidad fuerte la suya engendra adhesiones fervientes y agrias antipatías), pero añade un ingrediente pernicioso a la crispada y tensa situación nacional. Pero el pronunciamiento parece surgir no de una insensatez, sino de un cálculo político, si se entiende a la luz de lo dicho después por el presidente Zedillo. Este reprochó a la oposición festejar anticipadamente triunfos que



El ataque artero y desconsiderado (además de difamatorio y aun calumnioso) lanzado por

el líder nacional priísta Santiago Oñate contra el ex candidato presidencial del PAN es un ingrediente adicional en la crispada y tensa situación nacional.

no ha obtenido aún, en referencia a los pronósticos sobre lo comicios legislativos del año próximo (que incluyen la elección de quien gobernará la inmensa aglomeración urbana que es el Distrito Federal). En previsión de que ese augurio se cumpla, aparte acciones para alejar a la oposición de la mesa de negociaciones y con ello justificar que se legisle a solas, también se procura desalentar a los votantes haciéndoles pensar que su participación es inútil, pues según el PRI, los triunfos panistas derivan sólo de componendas palaciegas. Como se recuerda, el negociador entre el PAN y el presidente Salinas (a quien Oñate sirvió de varios modos como cercano colaborador) fue Fernández de Cevallos, que ha tenido que pagar un elevado costo político por el desempeño de ese papel, al que ahora se suma la descalificación de la parte con la que habría realizado esas "componendas". El que lo haga Oñate, por lo demás, supone una inconsecuencia o es un acto de cinismo, pues si el ex candidato presidencial panista es objetable por esas negociaciones ilegítimas, tanto o más lo es el poder presidencial que las buscó o permitió y con ello instituyó el "proteccionismo" de que ahora abomina el líder nacional priísta.

La posición de Oñate es inadmisibles en un momento en que se trata de eliminar obstáculos para nuevos entendimientos políticos. Pero es todavía más incomprensible e inaceptable la posición presidencial. Después de que Zedillo asumiera, como lo hizo, las posiciones más atrasadas dentro del priísmo, sólo quedan tres caminos. O se retrata, clara o sutilmente, pero de modo indudable. O cierra con su persistencia en esa actitud toda posibilidad de que el panismo se reintegre a las negociaciones (y quizá cause también la ausencia perredista). O lleva adelante la reforma con sólo la participación del PRI. Si no se realizan reformas constitucionales, la mayoría priísta en las cámaras permitirá al Ejecutivo ir y venir por donde le plazca en términos de legislación electoral. Y probó que quiere y puede hacerlo cuando se emitió la ley de participación ciudadana en el Distrito Federal. Pero una reforma así, dictada a contrapelo de la oposición, nacerá muerta, pues encierra una grave contradicción: lejos de propiciar la corresponsabilidad de los partidos la eliminará de tajo.

El autismo político es siempre pernicioso. Pero lo es más en horas difíciles, como las que vive México. Y hay que informar al gobierno, al Presidente de la República que parecen no saberlo, que la nación vive horas difíciles, cuyo enfrentamiento requiere la fijación de metas comunes y el trazo de caminos incluyentes que lleven a ellas. Por ignorar, o fingir que la ignoran, esa delicada circunstancia nacional, el presidente Zedillo y su gobierno han decidido quedarse solos.